

Presidente de la Xunta de Galicia,
Autoridades,
Señoras y señores,
Querido Padre Calo:

A música manifesta como pensa, como sente un pobo. E sobre todo, como se ve e se entende a si mesmo. Por iso, desde antigo, é considerada unha das expresións máis certas da identidade, da cultura construída por un grupo social, do seu xeito de relacionarse coa natureza, cos demais homes e ata con Deus.

A música é tamén un dos mellores xeitos de facerse entender, de pór en común as propias crenzas, valores e emocións a través dun código universal que traspasa ata as barreiras do idioma.

Si otras manifestaciones culturales pueden producir rechazo o incluso aversión, la música posee una cierta elocuencia que le permite viajar por todas las sensibilidades, por cualquier territorio, por cualquier tiempo.

Premiar al Padre José López Calo, significa reconocer todas esas cualidades integradoras de la música, su capacidad de hacernos entender suavemente al otro, su asombrosa potencia para facilitar el encuentro y la acogida.

Pero premiar al Padre Calo significa además, y así se dijo expresamente en la reunión del Patronato, hacer nuestra la trayectoria de quien quiso dedicar su vida a la recuperación, sistematización y difusión de nuestra memoria musical, que constituye una parte importante de la identidad de Galicia. Como decía

aquí mismo hace unos años, quien desconoce su pasado, carece de presente y perderá el futuro, porque no sabe quién es.

Ya ha sido glosada la imponente obra del Padre Calo y no insistiré en este punto. Pretendo ahora remarcar la inusitada proyección de lo gallego, de nuestra manera de pensar, de sentir y de entendernos, que ha supuesto la recepción de sus trabajos en universidades y centros académicos del resto de España y de todo el mundo.

Muchas gracias, Padre Calo. Y muchas felicidades por este Premio largamente merecido.

Nos ha dado una lección de entrega que, más allá de los detalles (la donación de su riquísima biblioteca a la Universidad compostelana, por ejemplo), abarca una vida de estudio, de investigación, de trabajo.

Una lección, digo, de la que quizá los gallegos, a quienes tanto y tan bien ha servido el Padre Calo, podamos extraer muchas conclusiones.

Esa particular comunicabilidad de la música, derivada de su enraízamiento en la esencia de las culturas, de su carácter inclusivo y de su código universal, resulta muy a propósito para recordar dos o tres ideas en estos tiempos temblorosos de crisis.

En contra de lo que se suele pensar, la vida económica no se rige por patrones mecánicos que se repitan cíclicamente con precisión matemática.

La historia no refleja un progreso lineal, sino más bien un perfil ascendente, pero en dientes de sierra, con cimas y depresiones que jamás responden a ningún modelo prefijado.

La vida social y económica de las personas y de las comunidades no se rige por ciclos regulables y predecibles, como los de la naturaleza. Entre otras razones, porque resulta decisiva la intervención de la libertad humana, del conjunto de valores morales que cada generación posee y aplica.

De ahí que no todas las naciones salieran por igual de los desafíos de las crisis: hubo quien se precipitó en la decadencia y nunca volvió a su esplendor original, mientras otras superaron el reto y avanzaron por una nueva senda de prosperidad. Las primeras se rehicieron pronto, las otras tardaron mucho más de lo deseable. Bastantes perdieron el tren de la historia quizá para siempre.

Algunas de las crisis mayores supusieron tal involución que la humanidad hubo de penar durante siglos para recuperar el nivel de civilización previo.

La Roma imperial, por ejemplo, no sólo perdió su primacía en el concierto de las naciones. Sus vecinos tardaron casi mil años en volver a disfrutar del agua corriente.

Pienso que la crisis de nuestros días, en sus diversos niveles –local, nacional e internacional– debe ser afrontada como una oportunidad que la historia nos ofrece para construir un proyecto de Galicia en el que todos podamos respaldarnos, por el que todos podamos luchar, llenos de una esperanza que despierte, aliente y justifique la capacidad de sacrificio.

La globalización presenta un escenario mundial de enormes posibilidades, pero también de retos gigantescos. Los países, las personas, nos entendemos cada vez más como complementarios, al tiempo que nos movemos con reglas y en entornos más competitivos.

Nuestro mundo, y podría decirse lo mismo de Galicia y sus problemas, se caracteriza por una creciente sensibilidad que no termina de encontrar un cauce compartido, de convergencia cívica, de misión común, al margen de banderías y particularismos.

Si nos atrevemos a desplegar la determinación y la voluntad necesarias para afrontar juntos y sin demoras la crisis económica, le pondremos fin y la habremos convertido en una oportunidad de

renovación y fortalecimiento. Pero necesitaremos una visión amplia y magnánima, capaz de dejar en segundo plano intereses particulares, ideológicos o partidistas.

Si cedemos a las tentaciones nostálgicas, si miramos para otro lado o confiamos nuestro destino a lo que puedan hacer los demás, nos condenaremos, y condenaremos Galicia, a la postergación y a la queja sempiterna. De modo que, dentro de cincuenta años, seguiremos sin resolver nuestros problemas de transporte, de sanidad, de educación, de paisaje y, por supuesto, de identidad y autoestima.

Seguiremos con nuestras universidades exangües, como han denunciado voces tan claras como la del profesor Castellano. Seguiremos con las rías sin sanear y al capricho de los furtivos. Seguiremos con

obras mastodónticas sin sentido, como el Gaiás. Y con la sociedad civil ausente, mientras campan a sus anchas los que se enriquecen fuera de toda norma en el mundo del fútbol o se aprovechan de los negocios impulsados por el amiguismo.

Quizá algunos piensen que exagero nuestra real capacidad de acción ante una crisis de semejante calado, que no hay nada que hacer porque dependemos completamente del entorno. No hablo a esos, hablo a quienes piensan más bien que está casi todo por hacer y que podemos hacerlo.

Sé a quién me dirijo.

Cualquiera puede comprobar, si levanta la vista, que están aquí las elites gallegas. No sólo las políticas,

también las empresariales, las sindicales, las culturales y muchos representantes del tejido asociativo que constituye la sociedad civil de nuestro país.

Sé a quién hablo y debo decir que esta crisis no sólo ha arruinado millones de economías familiares, sino que está teniendo el efecto, quizá años atrás imprevisible, de poner bajo sospecha la reputación de las elites dirigentes: de todas, no sólo de las políticas.

Con razón, se cuestiona nuestra falta de compromiso, nuestra prepotencia manifestada en continuos excesos con fondos públicos o privados, nuestra voracidad, nuestras ansias de dominio, piensan que nos ayudamos entre nosotros en vez de

ayudar a los más indefensos y necesitados, a los que sufren frontalmente el embate de la crisis.

Si queremos devolver la esperanza, si realmente deseamos la unidad para construir un país grande que supere los localismos, los enfrentamientos caínitas, las pequeñas miserias, tenemos, en primer lugar, que dar ejemplo.

Insisto. No me refiero ahora sólo a nuestros políticos ni al espectáculo de invectivas que acostumbran ofrecer semanalmente en la calle del Hórreo, tan alejado de la medida y la ponderación como de lo que realmente preocupa en la calle.

Me refiero a todos.

Es obvio que no podemos estar de acuerdo en cada detalle y que siguen siendo necesarias la justa discrepancia y el respeto a la diversidad. Pero también resulta palmario que, especialmente en tiempos como los que vivimos, debería ser mucho más lo que nos une que lo que nos separa.

Es, de hecho, mucho más lo que nos une que lo que nos separa.

Trabajemos sobre lo que nos une. Dejemos a un lado, siquiera por un momento, lo que nos enfrenta.

¿Cómo podemos chegar a unha situación na que aquilo que nos é máis íntimo converteuse en causa principal de rifa e enfrontamento?

¿Cómo pode o noso idioma, que amamos e posuímos pacíficamente desde nenos, ser a orixe de tan virulentas controversias e divisións?

¿Cómo puido estarnos prohibido durante tantos anos para sermos agora imposto?

La difícil situación social y económica que afrontamos no se resuelve con solistas geniales que toquen partituras en combate con otros solistas.

Se resuelve con educación del oído, instrumentos precisos y afinados, ganas de tocar juntos, pasión por la partitura y un director de orquesta capaz de integrarlos en una melodía común bien definida que haga imposible el resentimiento.

Estamos en la hora de un gran acuerdo.

Un acuerdo que empiece por cuestiones de respeto y de estilo, tan importantes. Aludo, por supuesto, a los modos de hablar y defender las propias opiniones. Pero también a la sobria ejemplaridad que nos haga merecedores de la confianza ahora en entredicho.

El respeto por uno mismo y por los demás facilita el entendimiento.

Hemos sabido hacerlo antes, con la llegada de la democracia. Y como resultado obtuvimos en pocas décadas un progreso jamás antes conocido. Hemos mejorado mucho en casi todo. Algunos de nuestros sectores empresariales han logrado una presencia en España y en el mundo que ni siquiera podíamos

imaginar hace tanto, y nadie discute las mejoras en la calidad de vida.

Ahora tenemos que llegar a un gran acuerdo de país, sobre lo que somos y lo que queremos ser, pero sin dejar de lado problemas acuciantes ni remitirlos, negligentemente, a los presupuestos del Estado, entendidos como una especie de lotería que toca muy raramente y que funciona como un destino ciego, al margen de nuestras posibilidades de acción.

Muchos de los problemas no provienen de la falta de dinero, a veces tampoco de la falta de gestión, sino de una cultura que propende al atajo y al chanchullo. Una cultura que parece no respetarse, ni siquiera en sus instituciones: basta pensar en los últimos acontecimientos en torno al Valedor do Pobo.

La mejor defensa de una lengua es su potencia demográfica y la acción común, económica y cultural, de sus hablantes. Pero ni afrontamos con rigor el suicidio demográfico en proceso ya avanzado ni parecemos capaces de acuerdos estables y de largo alcance en materias perentorias como la educación, la sanidad o el diseño de un marco seguro –también desde el punto de vista jurídico– que favorezca la innovación y atraiga a los emprendedores.

Ciertamente, Galicia es hoy por hoy dependiente. Y podremos llegar a conseguir algunas cosas y otras quizá no. Pero lo seguro es que nada se alcanzará sin una acción concertada, que sume esfuerzos para aprovechar las oportunidades.

Es hora, repito, de un gran acuerdo.

Un gran acuerdo social, no sólo entre políticos, que cuaje en un gran proyecto de Galicia en el que todos puedan sentirse cómodos y confiados.

Ofrezco *La Voz* y sus medios de comunicación para darle asiento y volumen, tanto en Galicia como fuera de ella. No hace falta que lo diga, porque ese ha sido siempre nuestro afán, mi Afán.

Acaso haya quien piense que semejante llamamiento no me corresponde. Puede que tengan razón.

Evidentemente, pienso que estoy en mi derecho y que lo que no me corresponde es concretar los términos de ese gran acuerdo ni los modos de alcanzarlo.

Pero si me he excedido, les ruego que me disculpen. Atribúyanlo, por favor, a mi pasión por Galicia y a la necesidad de dejar tranquila mi conciencia.

Moitas grazas, querido Presidente, por querer honrarnos coa túa presenza e a túa palabra.

Moitas felicidades de novo, Padre Calo, e desculpe que utilice a súa obra e a súa vida, a música, como metáfora social e política.

Moitas grazas a todos vostedes, señoras e señores, amigos, pola súa atención e a súa compañía nunha xornada sempre sinalada para esta casa.